

LIBRO SEXTO.

INFLUENCIA DEL CRISTIANISMO SOBRE EL MUNDO ROMANO.

CAPÍTULO I.

LAS COSTUMBRES.

§ I. — La moral cristiana y el materialismo pagano.

«Después de haber predicado el Evangelio, Jesucristo deja su cruz sobre la tierra: éste es el monumento de la civilización moderna. Del pie de esta cruz, plantada en Jerusalem, parten doce legisladores pobres, desnudos, y con un bastón en la mano para enseñar á las naciones y renovar la paz de los reinos.» El gran escritor de quien tomamos estas palabras, hace en otra parte una comparación de las sociedades cristianas con las más célebres repúblicas de la antigüedad, y concluye diciendo que «el último de los cristianos, siendo hombre honrado, es más moral que el primero de los filósofos de la antigüedad» (1).

El progreso es incontestable, y creemos que es debido en gran parte á la influencia del cristianismo. Pero la religión sola no hubiera tenido el poder de llevar á cabo esta benéfica revolución.

(1) CHATEAUBRIAND, *Estudios históricos*; Genio del cristianismo.

Cuando la corrupción y la decrepitud han penetrado en todas las clases de una sociedad, no puede ya ser regenerada con creencias; debe perecer para dejar su lugar á razas nuevas. La religión, por pura, por divina que sea, no puede dar vida á un cuerpo moribundo. Hay más: en medio de la corrupción general, la misma religión corre el riesgo de corromperse y de sucumbir en la ruina universal. Tal fué el destino del cristianismo en el mundo romano. La sociedad era presa de un abyecto materialismo, mientras que la moral cristiana traspasaba los límites del espiritualismo más exaltado. La oposición era demasiado violenta para que la transición pudiera realizarse por la sola fuerza de la fe.

Los Padres de la Iglesia se complacen en poner de relieve la superioridad de la moral cristiana sobre el paganismo. Escuchemos á Gregorio Nazianzeno: «¿Cómo se habian de corregir los paganos de sus vicios, cuando sus mismos dioses les daban el ejemplo de todas las malas pasiones? Entre ellos, ser vicioso, lejos de ser una cosa vergonzosa, es una cosa honrosa; no hay vicio á que no hayan erigido un altar, á que no hagan sacrificios en nombre de una divinidad. Las leyes castigan los crímenes; los paganos los adoran personificados en sus dioses. Todos los legisladores están de acuerdo en ordenar á los hijos que respeten y honren á sus padres; ¿podrá inspirar la piedad filial Saturno, que, según se dice, ultrajó al cielo para impedirle engendrar? Júpiter siguió el ejemplo de su padre. Los filósofos enseñan el desprecio de las riquezas, condenan la sed de oro, censuran las ganancias ilícitas: la codicia, el robo mismo tienen sus patronos en el Olimpo. El pudor y la continencia no están mejor garantidos; ¿quién no conoce los innumerables adulterios del señor de los dioses? ¿Cómo ha de reprimir Marte la cólera y el arrebato? ¿Cómo ha de reprimir Baco la intemperancia?» Gregorio pone enfrente de la inmoralidad divinizada, la alta moralidad de la religión cristiana: «No solamente condena las malas acciones, sino que castiga hasta los malos deseos. La castidad nos está tan recomendada, que no tenemos ni aún la libertad de mirar los objetos que la pudieran ofender. Lejos de permitirnos la violencia, se nos prohíbe la cólera. Los perjurios son entre nosotros crímenes abominables. Debemos renunciar á las riquezas y condenarnos á una pobreza vo-

luntaria. El ideal de nuestra vida es vivir como si no tuviéramos cuerpo. Si se nos persigue, estamos obligados á ceder; si se nos quitan nuestros vestidos, debemos despojarnos de ellos voluntariamente; oramos por nuestros perseguidores. En fin, se exige de nosotros que poseamos la mayor parte de las virtudes y que nos apliquemos á conquistar las que nos faltan, hasta que lleguemos al fin para el cual hemos sido creados.» Este fin es la perfección; la vida cristiana es una marcha incesante hácia este objeto: «No hacer progreso en la virtud, permanecer el mismo en lugar de trabajar en su regeneración, es á los ojos del cristianismo un pecado» (1).

La oposición entre las exigencias de la moral cristiana y el materialismo pagano era absoluta; hubiera sido necesario que la sociedad antigua se trasformase completamente, para realizar el ideal del Evangelio. ¿Era posible este renacimiento? A creer en las relaciones sobre la vida de los primeros fieles, la revolución se realizó. La moralidad pagana, tal como *Seneca* la pinta, y la moralidad cristiana, tal como está descrita en los *Apologías*, difieren tanto como los dioses del Olimpo y el Dios de los cristianos.

Escuchemos al filósofo (2): «Es una sociedad de fieras, con la diferencia de que éstas son pacíficas entre sí y se abstienen de destrozar á sus semejantes: el hombre se ceba en la sangre del hombre. Todo está lleno de crímenes y de vicios. Existe una lucha inmensa de perversidad; todos los días se acrecienta el apetito del mal; todos los días disminuye la vergüenza. Ya no se ocultan los criminales en la sombra, se ejecutan á la luz del día; la depravación domina de tal manera que la inocencia no sólo es ya rara, sino nula. No se trata ya de algunas violaciones de la ley, individuales ó poco numerosas. De todas partes, como á una señal dada, se precipitan todos los hombres para confundir el bien y el mal.»

Coloquemos frente á este cuadro aterrador algunos rasgos de la vida de los primeros fieles; diríase que era el Evangelio en acción:

(1) GREGOR., *Naz.*, *Orat.* III, p. 107 y sig.

(2) SENECA, *De ira*, II, 8.

«Amamos á nuestros prójimos como á nosotros mismos, dice *Atenágoras*. Hemos aprendido á no herir á los que nos hieren, á no poner pleito á los que nos despojan. Si se nos da una bofetada, presentamos la otra mejilla; si se nos pide nuestra túnica, ofrecemos además nuestra capa. Según la diferencia de años, miramos á unos como nuestros hijos, á otros como nuestros hermanos y nuestras hermanas, honramos á las personas de más edad como á nuestros padres y á nuestras madres. La esperanza en la otra vida nos hace despreciar la vida presente. Cada uno de nosotros cuando toma una mujer no se propone sino tener hijos. Tenemos por homicidas á las mujeres que procuran abortar, y pensamos que el exponer á un niño es matarlo. Hemos renunciado á vuestros espectáculos sangrientos, creyendo que no hay casi diferencia entre ver el asesinato y cometerlo» (1).

San Justino opone la vida de los fieles después de su conversión á su vida anterior; la transformación es completa: «En otro tiempo nos gustaba la orgía; ahora no queremos sino la pureza. No teníamos sino una ambición, sino un objeto, y era el adquirir riquezas; ahora ponemos en común los bienes que poseemos para dar parte de ellos á los pobres. Nos odiábamos hasta la muerte; divididos por las creencias, negábamos la comunidad de hogar á los que no eran compatriotas nuestros. Después de la venida de Jesucristo, vivimos juntos familiarmente y oramos por nuestros enemigos. Nos esforzamos en convertir á nuestros perseguidores, á fin de que, viviendo según los preceptos del Evangelio, esperen de Dios el mismo bien que nosotros esperamos. Podemos mostrarnos á muchos de vosotros que, habiendo sido con nosotros violentos y coléricos, se han cambiado dejándose vencer, ó por la vida arreglada de sus hermanos, ó por la paciencia extraordinaria de sus compañeros de viaje. ¿Qué diré yo del número infinito de los que de la orgía han pasado á una vida pura?» (2).

Si hemos de creer á *Tertuliano*, no se veía un cristiano entre los criminales: «Sí, yo atestiguo con vuestros propios registros, exclama el orador, vosotros que juzgáis todos los días tantos acu-

(1) ATHENAGOR., *Legat. pro Christ.*

(2) JUSTIN., *Apolog.*, I, 14-16.

sados, que condenais tantos culpables de toda especie, asesinos, ladrones, sacrilegos, seductores, ¿hay uno solo entre ellos que sea cristiano? Son de los vuestros los que llenan las prisiones; sus gemidos son los que retumban en las minas; con la carne de los vuestros es con la que se engordan las fieras, y entre vosotros se reclutan esos rebaños de criminales destinados á los combates de la arena.....» (1).

La oposicion entre la antigüedad y el cristianismo se manifestaba sobre todo en las relaciones de los dos sexos. Miéntras que el materialismo pagano se revolcaba en el fango, la religion cristiana prescribia una pureza angelical. Los paganos mismos admiraban la castidad cristiana. *San Justino* tiene el orgullo de mostrar en todas las condiciones fieles, que habiendo seguido la doctrina de Jesucristo desde la infancia, han conservado la virginidad hasta la muerte. Los *Apologistas* exaltan esta victoria alcanzada sobre la más violenta de las pasiones: «Los paganos, dice *Orígenes*, se entregan á los más groseros deleites sensuales, sin ocultarlo; sostienen que no hay en esto nada contrario á los deberes de un hombre honrado. Los cristianos más ignorantes se hallan bien por cima de los filósofos, de las vestales y de los pontífices más puros de los paganos.» Si hemos de creer al Padre griego, ningun cristiano estaba manchado con estos vicios; «si se encuentra alguno, añade, no es de los que vienen á las asambleas y toman parte en las oraciones» (2).

Hay ya en las palabras de *Orígenes* como una sombra que oscurece el cuadro de la perfeccion cristiana. Confiesa que hay cristianos indignos de este nombre. Aunque admirando el poder del cristianismo para regenerar á los que lo abrazaban con una fe viva, reconoce que otros no se convertian sino con miras interesadas (3). ¿No era infinitamente pequeño el número de los verdaderos discípulos de Cristo, en comparacion de aquellos que seguian observando las costumbres de los paganos, aún despues de haberse hecho cristianos? Los *Apologistas* idealizan las costumbres de los

(1) TERTULLIAN., *Apolog.*, 44.

(2) ORÍGEN., c. *Cels.*, VII, 48.

(3) IBID., c. *Cels.*, I, 67.

fieles, no es una sociedad real la que pintan; no hacen más que trascribir los mandamientos del Evangelio, como si hubiera bastado el bautismo para trasformar á todos aquellos que lo recibian. Verdad es que habia paganos á quienes una vocacion interior atria al cristianismo, y que renacian á una vida nueva. Pero ¿cuántos habia que no tenian de cristianos más que el nombre? Lo que prueba que el cuadro trazado por *Athenágoras*, *Tertuliano* y *San Justino* no es la expresion de la realidad, es que ya en las primeras sociedades cristianas encontraron los apóstoles muchos vicios que reprender, que contrastan singularmente con el ideal de las Apologías. Los *Apologistas* exaltan la caridad, la pureza de los primeros cristianos. Escuchemos á *San Pablo*: «Me han informado de que hay cuestiones entre vosotros. Cuando alguno de vosotros tiene una contienda con otro, ¿se atreve á llamarle á juicio ante los infieles?» «Se oye por todas partes que entre vosotros reina la impudicia, y tal impudicia, que aún entre los gentiles no se oye hablar de cosa semejante» (1). Henos aquí léjos de la perfeccion del Evangelio. Sin embargo, se trata de la edad apostólica! ¿Qué será cuando los paganos entren en masa en el seno de la Iglesia, atraidos por los favores que los Césares prodigan á los convertidos, ó intimidados por las persecuciones?

§ II. — Corrupcion de la sociedad cristiana.

Ya en el siglo III, un Padre de la Iglesia se queja de la corrupcion de la sociedad cristiana, tanto de los jefes como del comun de los fieles: «Casi todos los obispos, dice *San Cipriano* (2), abandonan el púlpito, dejan su rebaño y no se ocupan sino de intereses temporales. Se les ve recorrer las provincias, frecuentar las ferias, no buscando sino el lucro y las riquezas; se apoderan de las tierras por fraude, prestan con usura, viven en la abundancia, miéntras que sus hermanos están en la miseria.» ¿Debe-

(1) PABLO, I *Corinth.*, I, 11; I *Corinth.*, VI, 1; II *Corinth.*, V, 1.

(2) CYPRIAN., *De lapsis*, p. 374, B. D.